

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Verdaderamente hay un cuidado amoroso de Dios por los hombres. Eso se llama Providencia. La Providencia se manifiesta en la medida en que nos abandonamos a ella. De alguna manera hay que forzarla, como hizo María en las bodas de Cana de Galilea. Ponerse en manos de Dios.

Y en el evangelio se ve la llamada de Jesús a experimentar esa Providencia cuando invita a sus Apóstoles a alimentar a la multitud: «Dadles vosotros de comer». Los apóstoles protestan, porque se asustan por la desproporción entre la multitud que les acompaña y la precariedad de medios: solo cinco panes y dos peces para tanta gente.

Jesús entonces les enseña la manera. Y hace tres cosas bien significativas:

- 1.- que la multitud se siente, porque hay que transmitir esperanza;
- 2.- alza la mirada al cielo, que es lo que siempre debemos hacer para tener una idea adecuada de la realidad, y
- 3.- bendice. Al mirar al cielo y bendecir, Jesús introduce al Padre en el acontecimiento cotidiano. Es como si nos dijera ahora: en todo plan apostólico, en toda situación difícil y ante cualquier proyecto que queráis sacar adelante, no os queráis bastar con vuestras solas fuerzas, sino tomad en consideración la ayuda del cielo, sin la que no podéis hacer nada.

Cada vez que nos acercamos a la Eucaristía no podemos pasar por alto el simbolismo de este evangelio. La multiplicación de los panes recuerda la fracción eucarística: como el Pan partido de la Eucaristía, alimenta a todos los hombres y no se agota. El tesoro de este sacramento llega para alimentar a todos los cristianos de la historia. Se consume en cada celebración de la Misa, pero no se gasta. Jesús continuará alimentando a todos los que creen en su nombre hasta el fin de los tiempos.

Y ese alimento no podemos conseguirlo nosotros, sino que tienen que dárnoslo. Son los ministros, como entonces los apóstoles, los que se encargan de repartirlo.